

FISIOLOGÍA EN RELACIÓN CON LA VERDAD ESPIRITUAL

**UN INTENTO DE SEÑALAR ALGUNOS DE LAS MUCHAS
ANALOGÍAS ENTRE EL CUERPO HUMANO,
SU ESTRUCTURA Y FUNCIONES, Y EL NUEVO
HOMBRE EN CRISTO, VISTO INDIVIDUAL Y
CORPORATIVAMENTE**

Help & Food 1926-27

“No fue encubierto de ti mi cuerpo, Bien que en oculto fui formado,
Y entretejido en lo más profundo de la tierra.
Mi embrión vieron tus ojos,
Y en tu libro estaban escritas todas aquellas cosas
Que fueron luego formadas, Sin faltar una de ellas.
¡Cuán preciosos me son, oh Dios, tus pensamientos!
¡Cuán grande es la suma de ellos!
Si los enumero, se multiplican más que la arena;
Despierto, y aún estoy contigo”.
(Salmo 139: 15 - 18).

CONTENIDO

Introducción	Pág. 2
Capítulo 1. Los materiales que forman el cuerpo – Anatomía	10
Capítulo 2. Los complejos componentes químicos del cuerpo	17
Capítulo 3. Los tejidos vivos que forman el cuerpo.	
Capítulo 4. Diferenciación tisular: diversidad en unidad.	
Capítulo 5. La estructura del cuerpo: el esqueleto.	
Capítulo 6. La estructura y agrupación de los músculos	

INTRODUCCION

Con considerable timidez se presenta lo siguiente al estudiante de la Biblia. En realidad, se trata de un intento de vincular dos grandes áreas del ámbito de la verdad, cuya conexión hasta ahora la mayoría ha considerado de muy casual y superficial carácter; pero ha habido, y tal vez aún hay, un creciente reconocimiento de la continuidad en todo el ámbito de la verdad ya sea revelada en las páginas de nuestra Biblia u oculta en los vastos campos de la naturaleza. Aquí sólo recordaremos a nuestros lectores la gran cantidad de enseñanzas que contienen las Escrituras, animándonos a adentrarnos en la naturaleza y, con espíritu reverente, esperar encontrar más revelaciones e ilustraciones de la verdad.

Estamos bastante preparados para encontrar al materialista o al agnóstico mirando con desdén cualquier teoría que demuestre que el cuerpo del hombre no es sólo un vehículo o instrumento de servicio, sino que es, de una manera muy real, una *expresión* de su espíritu. Puede que entre los cristianos que no estén familiarizados con el tema, también encontremos un claro rechazo a lo que podrían denominar una línea de enseñanza muy cuestionable y posiblemente peligrosa.

Antes de continuar, conviene exponer lo más concisamente posible en qué consiste esta enseñanza. Este es un intento de demostrar que el cuerpo del hombre no es sólo una maravillosa pieza de maquinaria mediante la cual se le permite llevar a cabo su voluntad en relación con el mundo exterior, sino que es una *expresión* del hombre en su totalidad; que no es meramente la casa en la que vive, sino una parte integral de su personalidad, de sí mismo; que el hombre sin cuerpo no sería un hombre en el sentido pleno de la palabra.

Se intentará además demostrar que el cuerpo es típico del hombre espiritual en contraste con, o además de, el hombre natural; que su forma, funciones, departamentos o sistema de actividades son tipos de las funciones y actividades del hombre nuevo. También se señalará cómo los alimentos que sustentan el cuerpo ofrecen muchos símbolos significativos de nuestra nutrición espiritual, y que, así como existen diversas clases de alimentos, cada una esencial para el correcto mantenimiento de la salud corporal y cada una con ciertos peligros si se consume en exceso, así sucede con nuestro sustento espiritual. El mismo aire que respiramos sugiere tipos de la respiración vital y el aire nativo necesarios para el mantenimiento de la vida espiritual.

A continuación, se intentará demostrar que el cuerpo es un tipo de la iglesia, el cuerpo de Cristo, en el cual cada creyente es una parte viva del organismo, y donde su lugar está tan definitivamente fijado como el de cada miembro en su

cuerpo físico. Aquí tenemos una autoridad bíblica tan manifiesta para nuestra comparación que casi parecería innecesario abogar por la tolerancia en nuestro análisis. Pero incluso aquí, tal vez algunos no estén de acuerdo. Estamos preparados para profundizar en los detalles más minuciosos por las propias Escrituras. Sólo podemos recordar a nuestros lectores las palabras de nuestro Señor: «¿No entendéis esta parábola? ¿Cómo, pues, entenderéis todas las parábolas?», como justificación para llevar la luz de la verdad que Él nos ha dado en cada rincón de Su dominio.

Trazar este simbolismo a lo largo de todo el cuerpo, desde los elementos que lo componen, pasando por su organización celular, hasta la delicada estructura de sus diversas partes y su perfecta armonía y relación, es una tarea ardua que bien podría resultar reticente. Es fundamental examinar con sumo cuidado los hechos fisiológicos y evitar afirmaciones incorrectas o simplistas, que expondrían con razón al desprecio de los profesionales. Por otro lado, debe haber igual cuidado al exponer la verdad espiritual según las Escrituras y al mostrar con sobriedad la relación entre ambas.

La conclusión a la que se llega es que el cuerpo es, como ya se ha dicho, más que un instrumento, incluso más que una mera representación del hombre; es una *expresión de él*, una parte integral de su ser, que, en su idoneidad espiritual, será reconocida eternamente como tal en la resurrección.

¿Podemos ir un paso más allá y afirmar que el cuerpo humano revela, de muchas maneras, verdades sobre toda la creación material, sus formas presentes y eternas? No pondremos límites al alcance de este simbolismo. De hecho, apenas forma parte de lo que nos ocupa ahora, pero simplemente lo mencionamos para que el lector devoto recuerde aquella palabra que dice: «Grandes son las obras del Señor, buscadas por todos los que se complacen en ellas» (Salmo 111:2).

Nuestros lectores no se sorprenderán, pues, de la vacilación con la que realizamos el intento indicado anteriormente, cuando pensamos en la inmensa cantidad de nuevos descubrimientos realizados en el campo de la verdad fisiológica en los últimos años, descubrimientos que casi han revolucionado las teorías anteriores; y cuando a estos descubrimientos se suman constantemente gracias a la investigación médica, bien podríamos deducir que debemos evitar el dogmatismo excesivo, pero nuestra confianza no reside en la ciencia humana, sino en el Señor, Creador y Redentor del cuerpo y Cabeza de la Iglesia.

Él es el centro de todos los propósitos de Dios, y todas las cosas están, o estarán, bajo Sus pies. Su preciosa Palabra, «la Palabra de Cristo» (Col.3:16), debe ser nuestra única guía al considerar los hechos comprobados de la verdad fisiológica y al buscar demostrar que están en armonía con el propósito general de Dios y con ese propósito en relación con el ser humano. Siempre es gozo del Espíritu glorificar a Cristo, y no nos sorprenderá encontrar esas glorias en este ámbito de la verdad, como en todos los demás.

Sería interesante rastrear la historia del simbolismo desde sus inicios. Toda la

creación es una parábola y expone, en sus elementos y organización, alguna verdad espiritual. Podríamos, en efecto, hablar de la creación material como la vestidura del Dios invisible: «Las cosas invisibles de Él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas» (Romanos 1:20). La Palabra de Dios, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, abunda en enseñanzas parabólicas. Nuestro bendito Señor las utilizó constantemente, y no podemos dudar de que Sus milagros fueron parábolas representadas que transmitían profundas verdades espirituales. El último libro de las Escrituras, acertadamente llamado «Apocalipsis», es un cúmulo de simbolismo. Es perfectamente claro que Dios nos ha dado un libro en el que lo exterior y lo material son la vestidura de lo interior y lo espiritual. Es igualmente evidente que lo que Él nos ha dado no es la suma total de toda la enseñanza parabólica, sino que busca despertar nuestro interés y brindarnos una clave para desvelar los tesoros ocultos de la verdad divina, atesorados en cada aspecto de la Naturaleza. La palabra citada anteriormente nos invita a perseverar con la sencillez y la alegría de la fe para descubrir las «inescrutables riquezas de Cristo» en todo el dominio de su herencia, pues «Él es heredero de todas las cosas», y su sello está presente en todas ellas, no sólo el del Creador, sino también el del Redentor. Sólo la incredulidad es ciega a esto, mientras que la fe reconoce Su imagen en todo lo que Su mano ha tocado. Ciertamente, el pecado ha empañado esa imagen en nosotros y ha nublado nuestra visión, pero la fe aún encuentra en la criatura, aunque sometida a la vanidad, abundante evidencia de su propósito original, y en ello vislumbra algunos rasgos de Aquel que se manifiesta a su pueblo amado a través de cada «celosía» (Cantares 2:9).

No debemos sorprendernos de que esta visión sea sólo parcial. Sólo en la Palabra de Dios, en el Nuevo Testamento, resplandece la gloria revelada en el rostro de Jesucristo, pues sólo después de consumarse la Redención y de que Él tomara asiento en lo alto, envió a su Espíritu para guiar a su pueblo a toda la verdad. Sólo después de haber inspirado así a sus apóstoles se puede decir que la Palabra de Dios está «completa» (Col.1:25). Pero con esta luz que ahora ilumina nuestro camino, podemos regresar al Antiguo Testamento y luego a la creación misma, y encontrar cada vez más de ese «gran botín» que recompensa al buscador diligente.

Y la fe se ha regocijado al hacer esto en los cielos y en las profundidades, en los minerales inanimados, así como en los organismos vegetales y animales, los hombres han discernido no sólo las «huellas del Creador», sino también el testimonio del Redentor.

Por lo tanto, no se trata exactamente de un campo nuevo en el que pretendemos adentrarnos, sino de uno que ya ha sido explorado en cierta medida aquí y allá. Sin embargo, muchos lo han considerado más como una fuente de interesantes ilustraciones de la verdad divina que como la encarnación misma de esa verdad. El presente trabajo simplemente buscará profundizar de manera más completa

y sistemática lo que se ha intentado hasta ahora, según el conocimiento del autor, al menos desde la perspectiva de una convicción plena de la verdad de cada "punto" de la Palabra de Dios, y la confianza en que sus obras en el ámbito de la naturaleza corresponden absolutamente a esta verdad revelada¹.

¹ En este punto, tal vez no esté de más llamar la atención sobre un sistema que constituye una aparente excepción a lo que se acaba de decir, y que ha profundizado bastante, y con cierta apariencia de sistematización, en la enseñanza de la correspondencia entre el cuerpo humano y la verdad espiritual.

Sin entrar en demasiados detalles, podemos decir que el swedenborgismo no se considera un sistema evangélico. Este niega, entre otras cosas, la existencia de una Trinidad verdadera. La Escritura es verdadera por su significado interno, más que por sus afirmaciones externas; sólo así es la Palabra de Dios infalible e inspirada. La salvación no se obtiene sólo por la fe, sino mediante el arrepentimiento en el corazón y la obediencia a los mandamientos divinos. La iglesia de la «Nueva Jerusalén» (la swedenborgiana) es lo que Juan vio descender del cielo. La Segunda Venida del Señor no es una venida personal y visible, sino la infusión de la verdad espiritual en el alma. La resurrección tiene lugar inmediatamente después de la muerte, que consiste en dejar de lado el cuerpo material para no volver a poseerlo jamás. El juicio también tiene lugar inmediatamente después de la muerte, y los hombres ascienden al cielo o descienden al infierno según su condición, de donde serán liberados al aprender sus lecciones.

Satanás siempre se regocija en los campos de la verdad ignorada, pero mezcla su propio error con la verdad, y así la usa para envenenar las mentes de los hombres o para desacreditar la verdad misma. De esta manera, ha buscado abusar de las doctrinas de la gracia, y en el siglo pasado la verdad reavivada de la Venida del Señor se mezcló con las afirmaciones y enseñanzas anticristianas del "irvingismo" y el "adventismo", y más recientemente del "russellismo" o el culto del "Amanecer Milenario". Es significativo que exista una considerable semejanza en algunos aspectos entre la Ciencia Cristiana y el Swedenborgianismo. Siempre es digno de mención que las enseñanzas de ambos errores son relativamente populares entre los unitarios.

Esta enseñanza consiste en una exposición sistemática del universo como un gran cuerpo humano, donde cada departamento corresponde al cuerpo literal.

En estos diversos departamentos habitan una inmensa cantidad de ángeles que realizan las funciones de sus respectivos departamentos de manera espiritual, al igual que las funciones naturales se realizan en el cuerpo. En vida, se produce una afluencia de estos seres angélicos al cuerpo literal; de hecho, algunos ángeles viven en el cuerpo para supervisar las funciones especiales. Al morir, el cuerpo espiritual abandona el natural para siempre y entra en "el gran cuerpo", donde las funciones son realizadas por los ángeles de los diferentes departamentos y donde las nuevas partes son tratadas como alimento, ¡masticadas por dientes angélicos! Pasan por un juicio de separación en el estómago celestial, y así sucesivamente a través de todo el proceso de ajuste hasta que los indignos son arrojados a "los infiernos" y los justos son escoltados a las esferas superiores.

Esta doctrina de correspondencia se repite con cada uno de los sistemas del cuerpo —el respiratorio, el circulatorio, el nervioso, etc.— con gran detalle. Toda la atmósfera de esta enseñanza es irreal y contraria a las Escrituras. Lo que provocaría su rechazo inmediato es su negación de las verdades fundamentales de la expiación, la sustitución y la salvación por gracia mediante la sola fe. Su tratamiento del cuerpo humano es tosco y, en muchos casos, repugnante; su religión de ángeles y la intromisión en lo que el hombre no ha visto se oponen tan manifiestamente a lo que el apóstol nos advierte (Col.2:18) que resulta sorprendente que sus seguidores no hayan sido desengañados. Es un hecho notable que Swedenborg afirmara que todas sus doctrinas sobre los ángeles provenían de una revelación directa, de cosas realmente vistas y oídas, de modo que se proclama un revelador como Juan o Pablo, incluso más importante por brindar un significado espiritual más profundo a todos.

La identificación de la verdad fisiológica con este sistema de enseñanza ha hecho necesario este análisis algo extenso. El autor puede añadir que sólo después de sus propios estudios examinó a fondo las enseñanzas de Swedenborg y niega haber adaptado dicho sistema para sus propios fines.

Mientras ¿Qué se sugiere acerca de nuestra responsabilidad cuando el enemigo toma la verdad y la distorsiona para sus propios fines malvados? ¿No deberíamos más bien prestar especial atención a esa verdad y procurar rescatarla de este mismo abuso? Por lo tanto, en lugar de apartarnos de nuestro tema, dediquémonos a él con mayor oración y sobriedad, seguros de que Dios tiene alguna bendición reservada para nosotros.

No necesitamos hacer más que señalar el lado materialista de nuestro tema. La incredulidad ha prevalecido aquí, respaldada como ha sido por gran parte de la investigación científica actual. La teoría darwiniana de la evolución sitúa al cuerpo humano en la cima de los organismos animales —algo que nadie puede refutar— y en íntima relación y similitud con todos los demás organismos, algo que ninguna persona reflexiva negará. Pero cuando procede a despojar al hombre de aquello que lo diferencia de la bestia —su mente y su naturaleza moral— y luego lo convierte en el resultado de un crecimiento a partir de organismos unicelulares de las primeras eras geológicas —por no hablar de remontarse aún más atrás a la materia inorgánica, los gases y *la nada*— *la fe* se ve afectada. Dios queda excluido de Su creación, y cuando Él queda excluido, nada queda.

Su religión de ángeles y la intromisión en aquello que el hombre no ha visto es tan manifiestamente contraria a lo que el apóstol nos advierte (Col.2:18) que es un milagro que sus devotos no hayan sido desengañados. Resulta sorprendente que Swedenborg afirmara que todas sus doctrinas sobre los ángeles le fueron dadas por revelación directa, de cosas realmente vistas y oídas, por lo que se presenta como un revelador como Juan o Pablo, incluso más importante por aportar un significado espiritual más profundo a todos.

La identificación de la verdad fisiológica con este sistema de enseñanza ha hecho necesario dedicarle esta breve reseña. Cabe añadir que el autor sólo después de sus propios estudios examinó a fondo las enseñanzas de Swedenborg, y niega haber adaptado dicho sistema para su propio uso.

Que existe una estrecha correspondencia entre el cuerpo humano y toda la vida orgánica de la creación inferior no lo ponemos en duda, pero no hay evidencia de la evolución de lo inferior hacia lo superior; los eslabones perdidos a lo largo de todo el proceso nunca se han encontrado. Sin duda, existe la profunda verdad de la unidad subyacente a toda la Naturaleza, y una unidad de diseño que marca cada aspecto del tejido de la creación. Si un arquitecto erige una magnífica estructura en un dominio espacioso, esperamos encontrar evidencias de unidad por doquier. La impronta de un plan común será visible en cada parte. Unidad de diseño y adaptación especial son las dos palabras clave que desvelarán cada

tesoro oculto de conocimiento que ahora el teórico de la evolución utiliza erróneamente².

Pero es necesario realizar una investigación exhaustiva y sistemática de todo el ámbito de las ciencias naturales desde una perspectiva cristiana. ¡Qué lástima que instituciones educativas perdidas, si no todas, se hayan entregado por completo al agnosticismo, que no es sino otra forma de infidelidad, quedando sumidas en la oscuridad de la razón humana, habiendo apagado la "luz superior" de las Escrituras, que fue dada para "guiar el día"! Si, pues, sólo existen "talleres de herrería" en la tierra de los filisteos (1ª Samuel 13:19-22), debemos afilar nuestros arados y nuestras armas lo mejor que podamos para aferrarnos y recuperar aquello que forma parte de Su verdad: el mundo de la naturaleza. Bien cantamos: "Por tanto, todo el reino de la naturaleza es mío, aunque sea una ofrenda demasiado pequeña", pero acaso ¿No anhelamos, al menos en cierta medida, depositar alguna parte de ese reino como tributo a los pies de nuestro Señor? La "Teología Natural" de Paley y otras obras han mostrado evidencia inequívoca de la obra del Creador, diseño de una obra más completa y minuciosa.

La atención pública se centra cada vez más en los descubrimientos de la fisiología. El microscopio y el laboratorio han revelado un mundo nuevo, tanto en este campo como en otros, y la biología nos ha permitido, en la medida en que la razón y el conocimiento humano lo han posibilitado, comprender toda la estructura, con su minúsculo núcleo, y el crecimiento y diferenciación celular que gradualmente conforman la compleja organización del organismo, demostrando que es, de una manera mucho más completa de lo que jamás se había imaginado, una unidad de infinitesimales coordinados. Si bien aún queda mucho por descubrir y las teorías deberán modificarse de acuerdo con la creciente cantidad de datos, el público lector ya dispone, en mayor o menor medida, de una gran cantidad de verdad, que sería un gozo poner al servicio de nuestro Señor Jesucristo.

Sería interesante, si tuviéramos el material a nuestra disposición, observar hasta qué punto se ha utilizado la terminología fisiológica en el lenguaje cotidiano. Esto no sólo ocurre en el lenguaje pictórico de la Biblia, y más particularmente en las Escrituras Hebreas, sino que incluso en nuestra propia lengua encontramos que las partes y funciones del cuerpo se utilizan para expresar verdades mentales y espirituales.

Usamos el verbo "ver" tan constantemente para expresar comprensión en lugar de visión, que olvidamos que se refiere a la vista. "Dulce" hace mucho que dejó

² La obra más interesante sobre el tema es la de los Dres. James McCosh y Dickie. Sir William Dawson sobre la Evolución también es interesante y útil; pero el Padre siempre reclama honor para su Hijo (Juan 5:23), y sabemos que no nos equivocamos al buscar darle este honor al atribuirle la creación, Juan 1, Colosenses 1 y Hebreos 1, cada uno se une al declarar la creación como Su obra, y todos vinculan Su encarnación y redención, tanto de las cosas como de las personas.

de ser sólo un gusto físico para describir un estado del alma, y la tristeza "amarga" se entiende igualmente bien. Un semblante "agrio", un temperamento "bilioso", una disposición melancólica de "bilis negra", son términos familiares; los sujetos "desagradables" (término fisiológico en sí mismo) crean un "hedor", mientras que otros son "fragantes". Algunos son "nefastos" y no se pueden "digerir". Hemos "digerido" parcialmente los pensamientos presentados para nuestra consideración, y "rumiación" es un sinónimo bien conocido de meditación.

Hablamos de "asimilar" verdades, así como alimentos. "Atmósfera" se aplica tanto a la respiración moral y espiritual como a la literal, una atmósfera de luz o viceversa. Nosotros "bebemos" la enseñanza, como el agua, y engullimos las cosas con demasiada facilidad, hay que confesarlo.

"Corazón" es una designación universal de los afectos, con "pecho" vinculado a él. "Sangre" se asocia constantemente con el carácter, la naturaleza o la impureza. Sentimos el "pulso" de la mente y del alma también como el literal. "Congestión" tiene un significado más amplio que el físico, y "nervioso", "febril" o "tenso" son demasiado familiares para explicarlos. "Caminamos", "estamos de pie", "levantamos", a menudo inconscientes de que son principalmente términos fisiológicos.

Los términos científicos más modernos se adoptan igualmente. Tenemos «gérmenes», «contagio» y «desinfección» literales y espirituales. Existe un estado mental «pletórico»; y las facultades intelectuales, así como partes del cuerpo, pueden atrofiarse.

¿Es todo este lenguaje un error, o una adaptación más o menos precisa de figuras retóricas conocidas? Veremos, al menos, que la analogía es mucho más profunda y se puede apreciar en la estructura y la vida misma de nuestro cuerpo material.

Aquí simplemente nos referiremos al uso de la Biblia de manera similar. Hablamos de los "ojos del Señor", su "oído", "olor", "habla", "brazo", "mano", "dedos", "pies", "antropomorfismos" como se les llama, pero más significativos en este contexto. Una multitud de otros términos y expresiones le vendrán a la mente al lector que sabe lo que significan "ciego", "mudo", "cojo", "dormido"; a qué se refieren espiritual y literalmente "jadeando", "hambre", "sed", "comer y beber". Esto debe bastar por ahora, ya que muestra que nuestro tema no es tan complejo como podríamos suponer, y que, al buscarlo, podemos esperar encontrar mucho más.

Añadimos una línea para señalar cómo la etimología confirma todo esto y con qué precisión. El idioma hebreo es conocido por ser pictórico en un grado marcado. "Vivir" es "respirar", "suspirar". "Tener hambre" es "espumar"; "Temer" es "temblar". En griego "espíritu" es "aliento", como también en hebreo. "Celo" proviene de la raíz griega "hervir". "Elegir" es "extender la mano", etc. De la etimología inglesa ya hemos dado ejemplos: "manipular", "contacto", "presión",

"rigidez" y otros, todas palabras familiares de definición fisiológica³.

Pero debemos concluir esta introducción, algo extensa. Confiamos en que se haya dicho lo suficiente como para justificar el intento de presentar el tema de manera ordenada y completa. Nuestro más sincero deseo y oración es que el interés y la expectativa del lector cristiano se hayan despertado y que no se vean defraudados. La primera parte tratará con mayor detalle los elementos que componen el cuerpo y su estructura, lo que generalmente se denomina Anatomía. La segunda parte está dedicada a las funciones del cuerpo vivo, o Fisiología. La tercera parte es de carácter más general, dedicada principalmente a una sistematización más completa de las analogías que hemos señalado a lo largo de todo el libro. Que el Espíritu de *Cristo* sea nuestra guía, la Palabra de Cristo nuestra guía y la gloria de Cristo nuestro objetivo en todo momento.

S. Ridout

³ Véase Trench sobre "El estudio de las palabras".

FISIOLOGÍA EN RELACIÓN CON LA VERDAD ESPIRITUAL

CAPÍTULO 1. Los materiales que forman el cuerpo - Anatomía

“Entonces Jehová Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz aliento de vida; y fue el hombre un ser viviente” (Génesis 2:7).

Aunque expresado en el lenguaje cotidiano, el versículo citado del libro del Génesis nos revela la verdad científica sobre la constitución material del ser humano. Los elementos que componen su cuerpo son los mismos que forman la tierra. En lo que respecta a estos elementos, no hay nada extraño ni inusual en el cuerpo. En muchos sentidos, son un reflejo de la tierra en cuanto a sus proporciones, de modo que podemos afirmar que el cuerpo humano es un microcosmos, un pequeño mundo.

¡Qué significativa es esta base material! Demuestra que el hombre es parte integral del mundo que habita. No es un espíritu de algún mundo distante, sino que está vinculado a aquello de lo cual su cuerpo ha surgido. En virtud de su constitución, está vinculado a la creación material, a diferencia de los ángeles que son espíritu puro; él pertenece a una familia u orden de seres diferente, y nunca puede mezclarse ni confundirse con ellos. Por lo tanto, la expresión «hijos de Dios» en relación con tomar esposas de las «hijas de los hombres» (Gén.6:2) no puede referirse a los ángeles, sino a los descendientes de Set, la familia que no apostató como la de Caín.

¿Qué es la materia en contraposición al espíritu? Nos encontramos ante una profunda cuestión filosófica que ha ocupado a las mentes más brillantes. No es nuestro propósito entrar en la discusión, sino simplemente señalar que existe una inmensa diferencia que mantiene a la materia y al espíritu siempre separados. La ciencia ha reducido la materia a unos ochenta elementos, la mayoría de los cuales son extremadamente raros y pueden agruparse prácticamente en unas pocas familias. Detrás de esto, se debate constantemente si estos elementos no podrían reducirse a unos pocos iones y, finalmente, a un elemento básico del que surjan todas las formas de materia. No podemos decir, al menos desde el punto de vista científico, qué es la materia, pero las Escrituras nos iluminan sobre dos grandes hechos: primero, hay un Creador, por quien “fueron creadas todas las cosas que están en los cielos y que están en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, dominios, principados o potestades” (Col.1:16). En segundo lugar, la materia no es eterna, sino que fue creada por el poder Divino: “Por la fe entendemos que el universo fue formado por la palabra de Dios,

de manera que lo que se ve no fue hecho de cosas visibles” (Heb.11:3). Por lo tanto, la materia, aunque esté compuesta de muchos elementos, es criatura de Dios y, distinta del espíritu, también es su criatura.

Podemos agregar aquí que la personalidad está conectada con el espíritu. No podemos pensar en un espíritu impersonal del cual surgen los seres. El espíritu es la suma total de todos los espíritus. Lo que distingue la materia del espíritu es la impersonalidad. Sin embargo, sus formas son variadas: gaseosa, fluida, o sólido, es inconsciente, irresponsable. Existen ciertas leyes fundamentales que lo rigen: leyes establecidas por el Creador: gravitación, cohesión, afinidad química. La primera se manifiesta con mayor claridad en el ámbito de la astronomía, la segunda en el de la física y la última en la química.

Y luego viene la vida: primero, la vida vegetal; luego, la vida animal. ¿Quién puede decirnos qué es la vida? Nunca se ha dado una definición que describa adecuadamente su origen o carácter. Parece como si Dios la hubiera ocultado de toda búsqueda del hombre. Conocemos la vida en su manifestación, tanto en plantas y animales. El microscopio puede llevarnos hasta la unidad básica de la vida, la célula, y revelar su núcleo, e incluso su centro, el nucléolo. Pero *la vida* sigue estando tan lejos como siempre del conocimiento humano.

¿Acaso la afirmación de la Palabra de Dios no es la explicación más satisfactoria? Dios da la vida; proviene de Él: “Toda planta del campo antes de que estuviera en la tierra, y toda hierba del campo antes de que creciera” (Génesis 2:5). Él es el Ser viviente, el Ser auto existente "de eternidad a eternidad", y la vida es manifestación, en algún grado infinitesimal, de Su existencia.

También se ha encontrado extremadamente difícil distinguir la diferencia exacta entre la vida vegetal y la animal. En las formas más bajas de existencia organizada, de muchos animales sus células parecen ser vegetales, o viceversa. Sin embargo, una distinción general parece clara: la célula vegetal obtiene su nutrición de materia no organizada, mientras que la animal sólo puede sustentarse alimentándose de materia previamente organizada, ya sea vegetal o animal. Esto concuerda exactamente con el orden del Génesis, donde la vida vegetal, en el tercer día, es seguida por la existencia animal, en el mar y tierra, en el quinto y sexto día.

Volvemos, sin embargo, a nuestro tema: los materiales que componen el cuerpo. Nos referimos, en primer lugar, a los elementos inorgánicos que constituyen la base de su estructura; y, en segundo lugar, a la agrupación de estos elementos en los diferentes tejidos que conforman los miembros del organismo.

En primer lugar, presentamos una lista de los diversos elementos primarios que se encuentran en el cuerpo, en la proporción en que aparecen.

Oxígeno.....	72,0	por ciento
Carbono	13,5	"
Nitrógeno	2,5	por ciento
Hidrógeno.....	9,1	
Sulfuro.....	0,1476	por ciento
Sodio	1,0	"
Cloro.....	0,85	"
Flúor.....	0,08	"
Calcio.....	1,3	"
Fósforo.....	1,15	"
Potasio.....	0,26	"
Hierro.....	0,1	"
Magnesio.....	0,12	"
Silicona	0,002	"
Trazas de cobre, plomo, aluminio		

Hay diecisiete elementos en total, siendo la mayor proporción, con mucho, los cuatro elementos no metálicos: el oxígeno, el carbono, el hidrógeno y el nitrógeno, en sus diversas combinaciones, constituyen más del 97 por ciento del total. Los elementos metálicos, calcio, sodio, potasio, hierro, magnesio y silicio, junto con el fósforo y el azufre, y los dos gases, cloro y flúor, en las trazas ya mencionadas, conforman aproximadamente el tres por ciento restante, una cantidad aparentemente insignificante, pero absolutamente esencial para la forma y las funciones del cuerpo. De hecho, podemos afirmar que estos elementos aparentemente minoritarios contribuyen a las características de las partes más estables y voluminosas del esqueleto, como el fósforo y el calcio, tan presentes en los huesos.

Ya hemos dicho que el cuerpo humano es, en cierto sentido, un microcosmos o mundo en miniatura, que contiene los elementos primarios que forman nuestra tierra. Una comparación de la proporción relativa de los elementos principales que componen la corteza terrestre⁴ ilustrará esta correspondencia.

Oxígeno.....	49,29	por ciento
Silicio.....	27,21	"
Aluminio.....	7,81	"
Hierro.....	5,46	"
Porcentaje de calcio....	3,77	por ciento
Magnesio.....	2,68	"
Sodio.....	2,36	"
Potasio.....	2,40	"

⁴ Fisiología de G. Kirke. *II Química* de Remsen

Cuando hablamos del agua y del oxígeno, estos constituyen la mayor parte de cada uno: ocho novenos del agua en peso y un quinto del aire en volumen. Estos, por supuesto, están relacionados con la materia inorgánica; los elementos carbono, nitrógeno e hidrógeno junto con el oxígeno, forman la materia orgánica o viva en una proporción igualmente grande, como ya hemos visto que ocurre en el cuerpo humano. Pero debemos detenernos en los límites de una línea de investigación muy atractiva y prometedora, ya que nos lleva mucho más allá de los límites de nuestro trabajo actual, y para la cual actualmente no estamos preparados. Pero llegará el momento —quizás antes de la venida de nuestro Señor— en que la Química, junto con las ciencias hermanas, rendirá homenaje a Aquel que es Creador y Redentor. Volviendo, sin embargo, a los cuatro elementos que componen la mayor parte del cuerpo, aquellos indispensables para su organización y capacidad de vida, de los cuales nos gustaría comprender algún indicio de su significado espiritual.

1. **El oxígeno** es el elemento más abundante y de mayor distribución. Es el elemento activo y vital de la atmósfera, ya que el nitrógeno es prácticamente inerte y actúa principalmente como diluyente del oxígeno con el que se mezcla, sin formar compuestos químicos. El oxígeno también constituye aproximadamente ocho novenos del agua, combinándose químicamente con el hidrógeno para formar la sustancia sin la cual la vida no podría existir. Es, además, el principal impulsor de la combustión, por lo tanto, el generador de calor y luz, y está presente, podríamos decir, en prácticamente todos los procesos vitales. Parece, pues, situarse a la cabeza de todos los elementos materiales en importancia y poder.

Si toda la materia no es sólo creación de Dios, sino en cierta medida una expresión de Él, entonces el oxígeno debe ser de alguna manera un símbolo de Su obra omnipresente y todopoderosa, como Fuente, Dador y Sustentador de la vida, y de todo lo que hace posible la vida. Si el hombre fue hecho a imagen y semejanza de Dios, imagen de Dios, no nos sorprende encontrar en él, como elemento primordial, aquello que habla así de la presencia y el poder de Dios. “En Él vivimos, nos movemos y existimos” (Hechos 17:28). “Un solo Dios y Padre de todos, que está sobre todos, por medio de todos y en todos nosotros” (Efesios 4:6). Que el oxígeno, sin combinar, sea un gas, o «espíritu», enfatiza esta idea, pues «Dios es Espíritu»; que se combine tan fácilmente con otros elementos sugiere que Dios «no está lejos de ninguno de nosotros». Dios insufló en las narices del hombre aliento de vida, y el hombre se convirtió en un ser viviente. Como ya hemos notado, el oxígeno es el elemento activo del aire que respiramos.

El panteísmo, al menos el de la variedad oriental, tiende a representar a Dios como el Todo; no hay nada más que Dios: la materia, la vida vegetal y animal, el hombre, el espíritu, todo es Dios. Mientras el materialismo crudo, unido casi necesariamente al ateísmo, no ve a Dios en ninguna parte. La verdad declara que Dios está en todas partes y en todo. Y este es Dios Hijo. En Colosenses 1,

cuatro preposiciones describen Su relación con su creación: "En Él" todas las cosas han sido creadas, en su poder y en dependencia de Él; Él es inmanente en su creación, no la ha desechado de Él mismo, como desconociéndola.

Luego, todas las cosas han sido creadas "por" Él, como Agente, y "para" Él como fin y objeto de la creación. Él es "antes" de todas las cosas, como Cabeza y Señor, y "por (literalmente, "en") Él subsisten todas las cosas".

¿No tenemos en el oxígeno una sugerencia de esta inmanencia de Dios en su creación? Pero no todo es oxígeno. Es el gran poder que se apodera de todo y se combina con todo, como Dios lo hace en su creación, aunque distinto de ella. Sustenta la vida y la combustión, pues todas las cosas dependen de Él para su vitalidad y calor. Pero la distancia entre el Dios eterno y su creación es infinita. En el oxígeno podemos encontrar un símbolo de su relación con todas las cosas⁵.

2. El hidrógeno, al ser el más ligero de todos los elementos conocidos, sirve como referencia para compararlos entre sí. Es, ante todo, el componente indispensable del agua, formando con el oxígeno ese compuesto sin el cual la vida no podría existir y que, junto con la atmósfera, es de vital importancia. Incluso la atmósfera misma está saturada de vapor de agua. Podemos relacionar el hidrógeno con el término general *humedad*, lo que nos da una idea de lo que puede simbolizar. En el rocío y la lluvia hemos simbolizado las acciones revitalizantes del Espíritu de Dios que hacen efectivas todas las demás obras divinas. «Como el rocío del Hermón que descendió sobre los montes de Sion; porque allí el Señor mandó bendición, vida eterna» (Salmo 133:3). "Como descende la lluvia y la nieve del cielo... y riega la tierra y la hace germinar y producir, para que dé semilla al sembrador y pan al que come, así será mi Palabra que sale de Mi boca" (Isaías 55:10, 11). El hidrógeno está presente en gran medida en la sangre, indispensable para todas sus funciones en los sistemas circulatorios y, de hecho, en toda la vida celular del cuerpo. "Mi humedad se ha convertido en la sequía del verano" (Salmo 32:4), expresa bien la ausencia de vida espiritual en el pecador, y la pérdida de la comunión en el hijo de Dios. De manera similar, las palabras aplicadas a nuestro Señor, «Tienes el rocío de tu juventud» (Salmo 110:3), sirven por contraste para mostrar la presencia constante en Él y con Él del Espíritu Santo de Dios, la frescura y el vigor, también, de su propia vida personal, que no podía separarse del Espíritu.

El hidrógeno es también el elemento necesario, podríamos decir, en todos los ácidos, y por lo tanto esencial en los jugos digestivos del cuerpo. ¿Qué sería del jugo gástrico sin el poder que le confiere la presencia del hidrógeno? Tiene, podríamos decir, un carácter distintivo como disolvente y en la separación. Esto

⁵ El error fundamental de la Ciencia Cristiana está en el fracaso en distinguir entre Dios y la Creación, entre Dios y el hombre. El resultado es una confusión blasfema que nos roba prácticamente toda verdad.

nos recuerda la acción del Espíritu y la Palabra de Dios al «separar el alma y el espíritu, las coyunturas y la médula... discernir los pensamientos y las intenciones del corazón» (Hebreos 4:12). También podemos relacionarlo con las diversas exhortaciones a "examinar todo lo que es bueno", "para que aprobéis lo que es excelente" (o lo que es diferente, 1ª Tes.5: 21; Fil.1:10).

Podemos apreciar fácilmente, a partir de estos pocos ejemplos, tanto el lugar que ocupa el hidrógeno en el cuerpo como su significado espiritual; así como el contraste con el oxígeno, y a la vez su estrecha afinidad, tanto física como espiritual. Huelga decir que esto es sólo una pequeña muestra de lo que le deparará una abundante cosecha de verdad al buscador reverente.

3. **El carbono** tiene un lugar distintivo entre los elementos. Es "el elemento central de la naturaleza orgánica". Sus compuestos constituyen la base de la ciencia de la química orgánica, no porque sólo se encuentre en la vida orgánica, sino porque caracteriza esa vida. Es, podríamos decir, el *edificio*, el elemento constructivo. Por lo tanto, no se puede pasar por alto su significado espiritual; sugiriendo a Aquel que es el gran Organizador, que Él mismo como Encarnado, se ha expuesto en su Persona, es la perfección de esto, y en su pueblo sus diversos caracteres, manifestados en ellos individual y colectivamente.

Podemos decir, entonces, de manera tentativa, que en estos tres elementos encontramos una sugerencia de la Trinidad: el oxígeno, sustentador de la vida, sugiere al Padre; el hidrógeno, diluyente y separador, sugiere al Espíritu; y el carbono, organizador y constructor, al Hijo. Al decir esto, recordamos a nuestros lectores la salvaguarda ya establecida de que la creación es sólo una *imagen* de la divinidad, no la divinidad misma, sino atisbos de las «partes ocultas» del Señor (Éxodo 33:23). «He aquí, esto es parte de sus caminos; más cuán pequeña porción se oye de él» (Job 26:14). «Hay un solo Dios, el Padre, de quien proceden todas las cosas, y nosotros en Él; y un solo Señor Jesucristo, por medio del cual son todas las cosas, y nosotros por medio de Él» (1ª Corintios 8:6). «Hay diversidad de dones, pero el Espíritu es el mismo» (1ª Corintios 12:4).

4. A continuación llegamos al cuarto de los elementos más prominentes en la composición del cuerpo: **el nitrógeno**. Encontramos este elemento en primer lugar en el aire, mezclado, no compuesto, con el oxígeno, en una proporción de cuatro quintos en volumen por un quinto de oxígeno. Este parece servir aquí, simplemente actuando como diluyente, reduciendo la energía del oxígeno a la moderación necesaria para el sustento de la vida y la combustión normal. Si la atmósfera estuviera compuesta únicamente de oxígeno, muchas cosas arderían a la vez, y sería imposible detener la conflagración universal que se produciría. «Nuestro Dios es fuego consumidor» (Hebreos 12:29).

La presencia de nitrógeno frena semejante conflagración literal, y por ello parece apropiado simbolizar la paciencia y longanimidad de Dios, mencionadas

precisamente en este contexto: “El Señor no se tarda en cumplir su promesa, según algunos piensan, sino que es paciente con nosotros, no queriendo que nadie perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento. Pero el día del Señor vendrá como ladrón en la noche; en el cual los cielos pasarán con gran estruendo, y los elementos se disolverán con fuego abrasador; y la tierra y las obras que en ella hay serán quemadas” (2ª Pedro 3:9-10). En la atmósfera, el nitrógeno es, podríamos decir, absolutamente inerte. Nadie se imaginaría que tuviera poder alguno. Así pues, hoy en día los hombres piensan en Dios como totalmente indiferente, ¡e incluso incompetente! Por lo tanto, desprecian “las riquezas de Su bondad, paciencia y longanimidad” (Romanos 2:4).

Pero cuando llegamos al papel que desempeña el nitrógeno en la vida orgánica del mundo, y por lo tanto en el cuerpo humano, es esencial, ya que forma la base de todas las sustancias albuminoides, el protoplasma en sus diversas formas. Por lo tanto, es tan esencial para la vida como los otros elementos de los que hemos hablado, de hecho, el más delicado de todos ellos. Espiritualmente, esto nos muestra que la paciencia de Dios no es indiferencia. Mientras soporta a los hombres, sustentando la vida y la salud, está edificando el cuerpo; y en gracia está formando aquellos elementos mediante los cuales se organizan todas nuestras funciones espirituales. En esto se humilla aún más que en la mezcla de nitrógeno con el aire. Se nos dice que⁶ «el nitrógeno de la atmósfera no es asimilado directamente por el cuerpo, pero hay ciertas plantas leguminosas que lo asimilan de la atmósfera, y a través de ellas se prepara por su servicio al hombre». ¡Qué significativo es esto del Mediador, a través del cual nos llega todo el servicio del amor Divino!

Existe otro conjunto de compuestos de nitrógeno, el más conocido de sus rasgos químicos, que están muy alejados ya sea de las propiedades diluyentes observadas en la atmósfera o de las delicadas actividades de las proteínas. El amoníaco, de olor penetrante, y el ácido nítrico, HNO_3 , de olor mortal, difícilmente se asociarían, si no conociéramos la verdad, con los compuestos orgánicos. “¿Quién podrá permanecer en tu Presencia cuando se enciende tu ira?” (Salmo 76:7).

De igual modo, podemos reconocer una distinción, como ya hemos hecho parcialmente, entre las actividades beneficiosas y letales de los tres primeros elementos. ¿Qué acción más letal existe que la del cianógeno, compuesto de carbono (2) y nitrógeno (2), o la del letal ácido prúsico (HCN)? En el ácido sulfúrico, el elemento predominante es el oxígeno (H_2O_4). Estos ejemplos bastarán para ilustrar la benevolencia divina en la estructura del cuerpo físico y la gracia aún más maravillosa en el tejido de la nueva creación del ser humano espiritual, ya sea individual o colectivo.

Pero pasamos de esta atractiva línea de estudio, que sólo podría seguirse en una

⁶ Ostwald's *Inorganic Chemistry*, p.347.

aplicación espiritual de la química. Ya se nos ha presentado suficiente para que anhelemos más, y para aprender al menos una pizca del ser y las perfecciones de Dios, tal como se reflejan en la creación, y de los principales elementos espirituales que conforman al hombre nuevo, quien es "creado según Dios en justicia y santidad de la verdad" (Efesios 4:23 con Colosenses 3:10).

CAPÍTULO 2. Los complejos componentes químicos del cuerpo.

Huelga decir que no encontramos en el cuerpo humano los elementos, que hemos estado estudiando en estado puro. Como ocurre en el resto del mundo, se presentan en una infinita variedad de composiciones. Esto se refiere principalmente a los cuatro elementos que hemos estado analizando, y que son el tema de la química orgánica, pero es cierto para todos los elementos que forman el cuerpo. Así, el agua, que constituye el 70% del total, es un compuesto químico, H₂O. La sal, tan esencial en el plasma sanguíneo, es cloruro de sodio, Na Cl. Cal, calcio, el ingrediente esencial de los huesos, se encuentra como fosfato, Ca (P₀₄)₂' o carbonato, Ca CO₃ • Los fosfatos de potasio y sodio mantienen la alcalinidad de la sangre. El hierro entra íntimamente en la hemoglobina, formando los glóbulos rojos; y lo mismo ocurre con prácticamente todos los elementos inorgánicos que componen el cuerpo. Sin embargo, no hablaremos más de estos, sino que nos centraremos en los innumerables compuestos que se forman en los tejidos del organismo, en los que se encuentran algunos de los cuatro elementos cuyo significado espiritual hemos estado considerando.

Estos se clasifican en tres categorías generales, cada una de las cuales analizaremos con cierto detalle:

- Las sustancias nitrogenadas (principalmente proteínas)
- Las grasas y
- Los carbohidratos.

Como ya se ha dicho, **las sustancias nitrogenadas** son de suma importancia en el cuerpo. Son principalmente proteínas y se encuentran en gran medida en los tejidos sólidos del cuerpo, así como en la sangre y la linfa. No podemos comenzar a describir el carácter complejo de las proteínas, ni siquiera a dar una lista de los diversos ácidos que entran en su composición. De los elementos que componen la molécula de proteína, el nitrógeno es, con mucho, el más importante. Para que los tejidos animales obtengan este elemento de la atmósfera u otras fuentes orgánicas, primero debe ser asimilado por la planta.

Por lo tanto, las plantas son las grandes mediadoras entre el nitrógeno inorgánico y el animal organizado. De esta manera, se sugieren como un tipo de Aquel que es el único Mediador entre Dios y el hombre. Él sólo se alimentó de Dios. "Como el Padre viviente me envió, y Yo vivo por el Padre, así que el que me come, también él vivirá por Mí" (Juan 6:57).

La semejanza puede extenderse aún más, pues la vida de la planta se sacrifica para servir de alimento al animal: "El pan que Yo daré es mi carne, la cual daré por la vida del mundo" (Juan 6:51).

Las proteínas se han clasificado en tres departamentos principales: (1) Proteínas simples, como la albúmina y el gluten, y los albuminoides que forman el tejido conectivo, el cartílago, etc.

(2) Proteínas conjugadas, que forman nucleoproteínas, hemoglobinas, etc.

(3) Proteínas derivadas, cuya condición es el resultado de un cambio químico adicional por las enzimas de los jugos digestivos, etc. La mera mención de estos elementos complejos demuestra su inmensa importancia en la economía del cuerpo. Es el nitrógeno el que da carácter a todo esto, y cuya presencia se manifiesta claramente, como veremos, en las partes eliminadas del cuerpo una vez finalizado el proceso de anabolismo o construcción. Podemos afirmar, en efecto, que el valor beneficioso de un elemento en la construcción es proporcional únicamente a sus efectos nocivos una vez concluida su función. El nitrógeno, que ha cumplido su cometido de edificar los tejidos, enriquecer la sangre, etc., debe eliminarse como urea, etc., o se producirán consecuencias tóxicas muy peligrosas. En otras palabras, existe el peligro de que el alma no asimile y elimine los efectos de las preciosas verdades sobre Cristo que se recogen para nuestro alimento en la Palabra de Dios.

Pero esto debe explicarse de inmediato: siempre debemos distinguir entre las verdades objetivas perfectas de las Escrituras y los efectos subjetivos de estas verdades en nosotros. Esto se abordará con mayor detalle cuando tratemos la digestión y la asimilación. Necesitamos recordar a nuestros lectores que el maná acumulado (Éxodo 16:20) «generaba gusanos y apestaba», para ilustrar lo que queremos decir. Mientras más preciosa la verdad, mayor es la necesidad de nutrirnos de ella fresca cada día. Si no eliminamos el nitrógeno *usado* del organismo, se produce uremia, una forma fatal de autointoxicación.

Hablamos a continuación de **las grasas**, que son necesarias en la formación de células, especialmente en los tejidos nerviosos, en el mantenimiento de todos los procesos vitales mediante la producción de calor y en la protección física de todos los órganos vitales. Tanto en el lenguaje cotidiano, que es también el de las Escrituras y la investigación científica indican que la grasa en cantidades normales es producto y evidencia de buena salud. Abel ofreció la grasa, lo mejor, de su rebaño (Gén.4:4); el faraón vio vacas gordas, las mejores, en un sueño (Gén.41:4). La grasa de los sacrificios, por ser la mejor, siempre se ofrecía a Dios

(Lev.3:16). La tierra fértil era rica en grasa (Núm.13:20). Si bien sugiere fuerza y energía, a menudo se la relaciona con orgullo, autosuficiencia y rebeldía (Deut.32:15; Sal. 17:10; 78:7). También era un indicador externo de una buena salud espiritual (Dan.1:15). Se utiliza exclusivamente para referirse a la prosperidad espiritual (Sal.92:14; Isa.55:2). Estas referencias, junto con muchas otras, demuestran el significado espiritual de la grasa. Sus tres componentes principales⁷ son la estearina, la palmitina y la oleína.

La estearina como su nombre indica, es el componente sólido del sebo, presente también en las grasas vegetales. Es la más dura e insoluble de las tres. Por lo tanto, puede representar la firmeza, esencial para la verdadera prosperidad espiritual; de lo contrario, causaría blandura y debilidad.

La palmitina predomina en la grasa humana. Una de sus características más destacadas es la cristalización en puntas como agujas. También es sólido, y sugiere, quizás, una estabilidad incluso más inteligente que la estearina.

La oleína, como su nombre indica, es la menos estable pero la más parecida al aceite de todas las grasas. Está presente en gran parte en la grasa de los cerdos, y apunta a esa naturaleza amorfa que tan fácilmente se convierte en autocomplacencia y pasiones bajas. El rey Eglón lo ilustraría (Jueces 3:17, etc.). Y, sin embargo, una cantidad adecuada de oleína es esencial para la salud, ya que se adapta más fácilmente a las diversas necesidades del cuerpo que quizás los otros dos tipos. Así, promovería la lubricación general e incluso la nutrición de los nervios.

Cuán cierto es que cierta cantidad de gozo espiritual es esencial para el bienestar del santo, o de la Asamblea. Cómo esto alivia la "fricción" y estimula diversas actividades. Y, sin embargo, con qué facilidad el gozo asume un predominio en las cosas de Dios que debilita la fibra espiritual. Se transforma en una forma de placer sensual, y de ahí puede degenerar en excesos carnales, que en ocasiones han sido demasiado marcado en la Iglesia profesante.

De las grasas en general se puede decir que se caracterizan por la ausencia de nitrógeno. Así estas se separan de las albúminas y no tienen directamente, podríamos decir, el lugar de necesidad orgánica sostenida por los elementos nitrógenos. El nitrógeno, como hemos visto, es un tipo de juicio divino, que es controlado por la paciencia divina. La ausencia de nitrógeno en las grasas puede sugerir, por lo tanto, la ausencia, o la falta de prominencia, del espíritu de autocrítica en la alegría o gozo que en sí misma es apropiada y necesaria, pero que necesita controles para evitar que sobrepase sus límites. No solemos tener un exceso de hueso, ni de tejido orgánico y muscular; pero la grasa fácilmente

⁷ *Química fisiológica* de Hammarsten, págs.227, etc. Estearina C.78% H.12% 0.10%. elementos nitrogenados.

adquiere un lugar preponderante en el cuerpo, y debe mantenerse a raya mediante la abnegación y el ejercicio. Todo esto es de fácil interpretación espiritual.

Si el nitrógeno está ausente en las grasas, el carbono está presente en gran cantidad; pero no como organizador, sino como reserva para su uso en la oxidación posterior en el cuerpo. La grasa es, por lo tanto, calor y energía potenciales almacenados para necesidades especiales. Dichoso para nosotros cuando nuestra prosperidad y alegría espirituales se guardan, por así decirlo, como una reserva para tiempos de prueba. Como el trigo y el ganado en el sueño del faraón, se guarda para tiempos de angustia. ¿Acaso no se observa esto a menudo en la historia de individuos, así como en la de grupos de santos? Tienen un tiempo de alegría y prosperidad espiritual, al que le sigue un tiempo de estrés. Es en esos momentos cuando se manifiesta si hemos usado nuestros privilegios para fortalecernos o para volvernos descuidados y apáticos. Pero no debemos adelantarnos.

Estrechamente relacionados con las grasas están **los lípidos**, o sustancias similares a las grasas. Estos se diferencian de las grasas por contener nitrógeno y se encuentran en el sistema nervioso⁸. Ya hemos insinuado el significado espiritual de esta presencia de nitrógeno. *La lecitina*, uno de los lípidos, es particularmente abundante en el cerebro y los nervios. Es especialmente notable por ser la única combinación orgánica en el cuerpo que contiene fósforo.

Debido a su excesiva sensibilidad al calor, el fósforo posee un carácter peculiar. Perteneciente al grupo del nitrógeno, con un peso atómico más cercano al del azufre, se observa que posee el carácter de gran promotor de la combustión, tendiendo a la combinación instantánea, con oxígeno⁹. La presencia de fósforo en la lecitina parece mostrar su conexión con la proteína. Si bien en realidad no forma parte de la proteína, está estrechamente unida a ella por la lecitina, que a veces se denomina "grasa fosforilada". Algunas autoridades también han sostenido que los lípidos se encuentran como una especie de límite para la célula. De ser correcto, esto comprendería a lo que se acaba de decir sobre el carácter mediador de este acercamiento a un principio próximo.

El significado especial de todo esto es interesante. El fósforo, necesario para la energía del cerebro y los nervios, no puede estar en unión demasiado inmediata con el protoplasma, ya que su oxidación dañaría el tejido. Por lo tanto, está presente, controlado, podríamos decir, como el oxígeno lo está por el nitrógeno

⁸ *Fisiología* de Dalton, pág. 106.

⁹ *Química* de Remsen. II *Fisiología* de Walker, págs. 6, 596 y Hammarsten 8, págs. 20, 21.

del aire, y así produce resultados beneficiosos. ¡Cuán perfectamente ha atemperado nuestro misericordioso Dios los elementos espirituales del hombre nuevo para que nada actúe indebidamente! ¿Acaso no podemos, hablando con toda reverencia, ver algo de esta energía del fósforo en nuestro bendito Señor? Esto no lo llevó a exponerse a peligros innecesarios. No se arrojó desde lo alto del templo, ni se expuso públicamente ante los líderes hasta el momento oportuno, ni siquiera en respuesta a las burlas de sus hermanos (Juan 7:1-17), el pequeño entusiasmo de ellos podría llevarlos a excesos: “tu tiempo siempre está listo”, pero Él mantenía a raya el mismo celo que ardía en sus huesos (Jeremías 20:9), como fósforo, hasta que llegó Su hora.

El resultado no fueron las extravagancias de un fanático desequilibrado, sino la energía irresistible de alguien que había endurecido su rostro como una piedra (Isa.50:7; Luc.9:51). Como ejemplo del espíritu de su Señor y Maestro, podemos destacar la energía de Pablo en su último viaje a Jerusalén. Los hermanos intentaron disuadirlo en vano: “¿Qué pretendéis con llorar y quebrantarme el corazón? Porque estoy dispuesto no sólo a ser apresado, sino también a morir en Jerusalén por el nombre del Señor Jesús” (Hechos 21:13). De hecho, su celo era tan intenso que algunos han pensado que posiblemente no prestó atención al testimonio del Espíritu Santo y a su prohibición directa (Hechos 20:23; 21:4). Pero somos reacios a juzgar un celo que arde con un deseo tan ardiente de glorificar a su Señor y ganar a sus hermanos.

Pero en Pedro encontramos una falta de este temple, y su celo va más allá de su fe y se consume demasiado rápido ante el "fuego de brasas", en el que se sentó con los enemigos de su Señor. Hermosamente el fósforo retoma su lugar normal en el otro fuego junto al Mar de Tiberíades: “Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te amo”. En términos cotidianos, podríamos decir que estos fueron ejemplos, respectivamente, de cómo perdió los nervios y los recuperó.

Finalmente, en cuanto a **los carbohidratos**, no nos detendremos mucho en ellos, reservando gran parte de lo que podríamos decir hasta que hablemos de la alimentación y la digestión; pues es precisamente por formar parte de los elementos alimenticios del cuerpo que los carbohidratos tienen su importancia. Nuestro tema actual siendo las partes componentes del cuerpo, nos limitamos a mencionar lo que vendrá más adelante.

Samuel Ridout